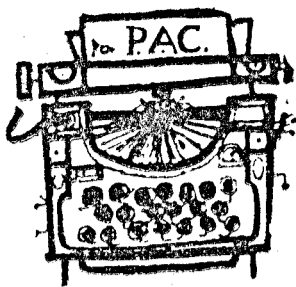


escrito a máquina

La antorcha encendida



Hace unos años comentamos en esta misma sección una edición de "Time" que publicaba, bajo una portada rojinegra con grandes titulares: "GOD IS DEAD", un amplio reportaje sobre el tema: DIOS HA MUERTO.

Pues bien, no ha pasado una década y la misma revista, con la misma estridencia titular, publica otro reportaje bajo el título "¿HA COMENZADO DIOS A REVIVIR?" señalando el fenómeno universal de un renacimiento de la religiosidad.

No vamos a comentar el tentador tema de "Time" sino, simplemente a tomar pie en ese escrutinio de una de las revistas más enteradas del mundo, para otra reflexión. Es un hecho que, en medio del oleaje materialista, en medio de la arrolladora corriente de violencia, de erotismo, de pasiones desbordadas y de rapiña económica, cada día es mayor el número de los insatisfechos que reaccionan, buscando metas superiores a la vida, buscando asideros espirituales que salven la deshilachada condición humana; buscando, en una palabra y desesperadamente a Dios.

Por otra parte, es también un hecho que la Iglesia de Cristo, desde la formidable sacudida del Concilio Vaticano II, cada día ocupa, con mayor resonancia, las planas de los periódicos y los espacios informativos, no sólo como uno de los factores más importantes de nuestra historia actual, sino como el valor dinámico de mayor potencia en el cambio que se está operando en el mundo. De una iglesia excesivamente enquistada, conformista, tradicionalista de tradiciones no evangélicas, ha pasado —o está pasando— "a una iglesia que pretende intervenir y modificar la situación del hombre, integrándolo consigo mismo y con su medio", a una iglesia que toma conciencia de la realidad social y política que nos rodea y que trata de transformarla en beneficio del hombre.

Es decir: hay un vértice nuevo de una dinámica revolucionaria imprevisible: el hombre, de vuelta del asfixiante materialismo, busca a Dios. La Iglesia, de vuelta al Evangelio, busca al hombre.

Un nuevo sentido humanista, que ya no acepta en la práctica la división incomunicada de lo sobrenatural y lo natural, comienza a crecer, caudalosamente, aunando en una sola dos revoluciones que parecían disociadas: la que trata de transformar el mundo —moral y técnicamente— en beneficio del hombre, y la que trata de transformar al hombre, desde dentro, porque ningún régimen es capaz de redimir, ni ningún sistema capaz de construir si falla la persona humana.

Sea cual fuera la ruta futura y el modo de concretarse —en lo social y en lo político— de esta doble revolución, lo cierto es que en ese panorama de cambio y transformación ha cobrado un relieve especial la figura y la misión del sacerdote.

Desde años atrás la literatura creadora —como siempre sucede— previó esta importancia protagonista del sacerdote como testigo y signo de contradicción de nuestra época. No pocas de las mejores novelas de este siglo fueron atraídas por su misterio.

La crisis actual dentro de la Iglesia es también en la vocación sacerdotal donde cobra su tensión máxima. Ha habido, como nunca, deserciones, pero esa misma fuga indica que, lo que para muchos en el pasado significó una cómoda profesión, vuelve a ser hoy —también como nunca— empresa heroica y señera, de enormes y difíciles responsabilidades.

Hay un hecho profético en el Antiguo Testamento que hoy proyecta su luz de manera especial sobre el Nuevo Testamento de nuestra Iglesia actual. Es el capítulo de la Biblia donde se narra la ruina simultánea del Templo y de la Monarquía de Israel que puso fin a la tutela regia sobre el sacerdocio y dio a éste mayor autoridad sobre el pueblo. El sacerdocio, liberado de las influencias y de las tentaciones del poder político —que desde ese momento pasa a ser ejercido por paganos— se convierte en el guía religioso de la nación israelita. Recordemos los proyectos reformistas de Ezequiel excluyendo al "príncipe" del Santuario y releamos a esa luz las determinaciones del Concilio y de Medellín sobre la "independencia" de la Iglesia.

Ha terminado la era del cura de misa y olla: figura novelesca, decadente, bonachona, mas no actual. El sacerdote, hoy, es el guerrillero del Amor. Una posición poco cómoda, una posición beligerante en la promoción de la Justicia, en la defensa de lo humano y en el testimonio de la caridad evangélica.

Nicaragua no se encuentra marginada de este cambio que se ha operado en el mundo. Al contrario: En la crisis y desgaste de valores que vertiginosamente se está produciendo entre nosotros, el sacerdote es uno de los poquísimos factores que aún conserva autoridad moral en

3 - VIENE DE LA SEGUNDA PAGINA

nuestro pueblo; esta autoridad estaba mermándose por la actitud excesivamente acomodaticia y estática de algunos clérigos y jerarquías, pero al brotar —no sin resistencias— el espíritu conciliar, al surgir los primeros brotes de una pastoral nueva y al pronunciarse con un criterio independiente, evangélico y renovador algunos obispos y algunos sacerdotes jóvenes, todos los nicaragüenses conscientes han sentido o presentado que el sacerdocio es hoy —en el oscuro panorama de nuestro país— una de nuestras últimas reservas esperanzadoras, una de las pocas cifras firmes de nuestra economía moral alrededor de las cuales todavía es posible polarizar las fuerzas vitales y sanas del país para construir —con el perfil de un nuevo humanismo— el futuro de nuestra comunidad nicaragüense.

Escribo estas reflexiones en una semana dedicada mundialmente —por la Iglesia— al sacerdote. Las escribo pensando en la tremenda responsabilidad que tienen los nicaragüenses todavía conscientes, todavía cristianos, ante el problema del sacerdote, de su necesidad, de su significación, y sobre todo de la importancia de promover su vocación y su formación para que nuestro pueblo posea líderes morales —hombres que resuman las virtudes humanas y testimonien el mensaje transformador de Cristo— en esta encrucijada gravísima de confusión y cambio, de podredumbre y Esperanza, de excesos contra el hombre y de renacimiento humanista, de “muerte de Dios”, y de “buena nueva” de resurrección.